

MENOS PARA VIVIR MEJOR

¿Cómo será el planeta en el que vivirán nuestros nietos o sus hijos? ¿Tendrán las mismas posibilidades que tenemos hoy de desarrollarnos o les vamos a dejar un mundo limitado, con problemas de contaminación y sin posibilidades de superar la pobreza y la desigualdad? El cambio climático, la inestabilidad económica y el sinsentido de la vida son síntomas de una crisis profunda que lleva a cuestionar el sistema de desarrollo occidental tal como lo conocemos hoy. En su reemplazo, resurgen teorías que hablan de un nuevo paradigma. La de decrecer, que tendrá su próxima conferencia mundial en Budapest en julio, es una de ellas. Ahí se discutirá por qué dejar de crecer puede ser el futuro.

Por Daniela Pérez G.
Retrato: Sabino Aguad
Fotos: archivo personal

Un caracol no necesita mucho para ser feliz. Lento, pero seguro, busca el alimento que necesita para sobrevivir y lleva su casa sobre sí mismo. Sin embargo, si come demasiado y crece en exceso, el caracol no cabe en su caparazón y muere. Haciendo una alegoría con la simple vida de este molusco, economistas de todo el mundo decidieron utilizarlo como símbolo de su premisa, la teoría del decrecimiento, que postula que el actual modelo de desarrollo basado en el crecimiento ilimitado está destruyendo el planeta. Un modelo que hoy no sólo cuestionan economistas y políticos, sino también los mismos ciudadanos, muchas veces cansados de un sistema de vida que los tiene estresados, sobreendeadados y sin tiempo para ellos mismos y sus familias.

Macarena Bajás (45) y Marco Fedelli (49) llevan siete años juntos y el 14 de enero de este año comenzaron a cumplir un sueño añorado desde que se conocieron. Afuera de su casa, en un pequeño pasaje de Ñuñoa, decenas de cajas amarillas que originalmente almacenaban papas fritas congeladas hoy contienen la ropa y las pertenencias más importantes de la pareja y sus hijos: Andoni (13), Ferrán (9) y Ennio (5). Son las diez de la mañana y la familia, que además componen los perros Chilota y Roco, lleva más de cuatro horas empacando. Todo, ordenado por tamaño e importancia, espera bajo el sol de verano a que llegue un camión de carga con acoplado que los llevará a un terreno en Panguipulli, a 17 kilómetros del pueblo.

Allí, en la Región de Los Ríos, los espera la parcela de tres hectáreas que compraron en 2014, con agua, árboles centenarios y frutales, donde establecerán su nuevo hogar e iniciarán la vida que quieren. Una vida diferente, lejos de un sistema al que consideran en crisis, con menos necesidades superfluas, menos temores, más calma y totalmente autosustentable. "Queremos una vida en la que dejemos de ver como normales conductas que no lo son, como tener que viajar horas en micro para avanzar sólo unas cuadras o la extrema violencia a la que estamos expuestos. No es normal vivir así y no queremos eso para nuestros hijos, que son nuestra prioridad", agrega Macarena. "Queremos una vida en la que gastemos menos, en la que consumamos menos, queremos tener menos cosas y más tiempo libre, consumir menos agua y menos energía, ser más conscientes y más felices, en familia y en contacto con la naturaleza". En la mudanza, la pareja aprovechó de despojarse de aquellas posesiones que ya no le parecían sustanciales, como el refrigerador,

tomando un camino basado en valores que, de alguna manera, son los mismos que defienden los promotores del "decrecimiento".

Originario de los años 70, el concepto surgió de la mano del matemático y economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen –que abordó la crisis del sistema económico capitalista y propuso alternativas como la economía ecológica–, y de la publicación del "Informe Meadows" o "Los límites del crecimiento" en 1972. Este documento, redactado por investigadores del Massachusetts Institute of Technology (MIT), fue un encargo del Club de Roma, una agrupación de una treintena de personalidades de más de 25 países, científicos y políticos incluidos, que en 1968 se reunieron a discutir su preocupación por los cambios medioambientales. El texto, que pronto se volvió la demostración científica de lo manifestado por Georgescu-Roegen, fue el primero en la historia en plasmar la grave crisis ecológica que afecta al planeta hasta hoy. Aseguraba que se trataba de una situación sin precedentes, generada por el mismo ser humano y que, a esas alturas, ya era urgente de abordar: "Si la industrialización, la contaminación ambiental, la producción de alimentos y el agotamiento de los recursos mantienen las tendencias actuales de crecimiento de la población mundial, este planeta alcanzará los límites de su crecimiento en el curso de los próximos cien años. El resultado más probable sería un súbito e incontrolable descenso, tanto de la población como de la capacidad industrial".

Los pensamientos en torno al "decrecimiento" fueron tomando fuerza y cuerpo con el tiempo. Uno de sus principales promotores en la actualidad es el economista francés Serge Latouche, quien se ha transformado en el líder de la teoría afirmando que "decrecer" es un concepto provocador (Ver entrevista página 16). Como él mismo asegura desde Francia: "Busca generar una reflexión sobre un fenómeno clave de la sociedad occidental: el concepto de lo ilimitado, en el que se basa la economía. Existen tres niveles reconocibles de esto: la producción ilimitada (producir por producir), el consumo ilimitado (creación infinita de bienes) y, como resultado de ambos, la basura sin límites, que contamina tierra, agua y aire. No se trata de decrecer sólo por decrecer, eso sería igual de absurdo que crecer por crecer. El decrecimiento también necesita crecimiento, pero de otro tipo: el de la calidad de vida. Para ser riguroso, habría que hablar de "a-crecimiento", es decir, convertirnos en ateos del crecimiento, ya que éste se ha vuelto una religión".





El camión de mudanza que trasladó a los Fedelli Bajas no pudo llegar hasta la casa. La familia acarreó en una carreta de bueyes las decenas de cajas y trabajó durante varios meses para instalarse finalmente en su nuevo hogar.



EN BUSCA DEL SENTIDO

Macarena y Marco se conocieron a los veinte, cuando ambos eran alumnos de Educación Física en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE). “Pololeamos en esa época, pero él me pateó y no nos vimos durante muchos años”, recuerda Macarena. Después de ese quiebre, cada uno hizo una vida aparte. Ella se emparejó y tuvo a sus dos primeros hijos, Andoni y Ferrán, mientras que Marco se dedicó a hacer clases, vivió en el sur y exploró su gusto por el deporte *outdoor*. “Aunque cada uno armó toda una historia propia, los dos hacíamos cosas muy similares”, agrega Marco.

Esas similitudes hicieron que, hace siete años, los dos solteros y en Santiago se reencontraran por Facebook. “No nos separamos nunca más”, dice Macarena, quien confiesa que de inmediato se dieron cuenta de que los dos anhelaban una vida lejos de la ciudad, del ruido excesivo, más rural y conectada con la naturaleza. “Cuando nos juntamos el sueño cuajó. Dijimos: ‘Los dos queremos lo mismo, luchemos juntos porque separados no lo hacemos. Recuperamos el amor que nos teníamos, nos embarzamos de Ennio y aunque el plan siempre fue que no naciera en Santiago, lo que no resultó, no arrugamos y mantuvimos una búsqueda constante por dar con el lugar. Fuimos al norte, recorrimos el Valle del Elqui, pero nos dimos cuenta de que era complicado por la escasez de agua. Así que nos movimos al sur, donde pensamos seriamente en levantar algo en Chiloé”, cuenta Marco.

Mientras encontraban el lugar preciso, decidieron incorporar cambios cotidianos para irle dando, en Santiago, un sentido a su proyecto de familia. Querían desprenderse de lo que no les hacía sentido. Junto a algunos amigos armaron Sustentandes, una corporación que impulsa proyectos sustentables, se salieron de la isapre, redujeron su vínculo con la banca al mínimo, Macarena dejó el colegio en el que había trabajado como

profesora durante 15 años y se incorporó a un jardín Montessori por media jornada, para dedicarles las tardes a sus hijos. Marco, por su parte, continuó haciendo clases en una universidad privada y, para tener una herramienta extra a la hora de irse, decidió estudiar Medicina China: cuatro años, sábado a sábado. En eso estaban cuando Panguipulli apareció en el horizonte.

Maca y Marco viajaron a ver el sitio, les hizo sentido de inmediato y lo compraron. “Es un campo maravilloso. Tiene agua, luz, una quinta y para nuestra sorpresa, también una casa, un gallinero y una pesebrera”, describe Marco. “Estuvo abandonado por años, por eso trabajamos todo el verano del 2015 en preparar la casa: la techamos, la limpiamos y la dejamos lista para trabajar en sus terminaciones interiores”, agrega. “Por ahora no tenemos trabajo, sólo unos ahorros que nos dejan tranquilos mientras encontramos pega, vamos con la idea de trabajar en lo que sea. Pero si no lo hacemos ahora, no lo vamos a hacer nunca. Si esperas a que todo se dé, no te vas. Hay que saltar”, enfatiza Maca.

A pesar de que asumen que hay miedos al tomar una decisión así, para ellos no hay vuelta atrás. Porque esto no es sólo irse de Santiago. “Queremos generar nuestro propio espacio sustentable. Vamos a hacer un baño seco, sin agua, siendo conscientes del manejo de los desechos”, dice Maca. “Vamos a tener una cocina de combustión con un termo y así aprovechar el lavado de los platos para calefaccionar la casa y tener agua caliente. Por esto los electrodomésticos no van, porque eso es como llevarse el sistema para allá. La idea es hacer un cambio”, afirma Marco.

Algunos de los valores que esta pareja quiere vivir en carne propia coinciden con los propuestos por los modelos alternativos a la economía actual. “Hoy, la enfermedad principal es que nuestro modelo de desarrollo está basado en tener y no en ser. El bienestar se concibe únicamente referido a lo material. Esto causa otros problemas que no son estrictamente ecológicos, sino más bien sociológicos, relativos a una cultura del consumo

que termina transformando al ser humano en una persona que depende de la materialidad, del dinero. Todos los demás valores se van perdiendo”, explica el sociólogo e investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la Usach, Cristián Parker. “El consumo materialista olvida las dimensiones integrales del ser humano, va ahogando a las sociedades, a las personas, y genera una crisis ecológica, social y de sentido”, agrega.

Latouche incluso lo ha calificado como “una crisis de civilización”, y por ello sostiene que la necesidad de un cambio es inminente. Ante ella, el “decrecimiento” no pretende ser la única solución posible sino proponer un marco teórico, una “matriz de alternativa” bajo la cual los individuos y las instituciones puedan actuar, en colaboración, para llegar a un mecanismo social que logre modificar las cosas. Dicho marco, según lo propuesto por el economista, funciona en base a un círculo virtuoso de crecimiento, el que resume como las ocho “R”: reevaluar o sustituir los valores globales, individualistas y consumistas por unos locales, de cooperación y humanistas; reconceptualizar la vida y enfocarla en calidad, suficiencia y simplicidad; reestructurar, adaptando el aparato de producción y las relaciones sociales en función de la nueva escala de valores; relocalizar, dándole mayor importancia a la autosuficiencia local para satisfacer las necesidades básicas, disminuyendo así el consumo de transporte; redistribuir las riquezas; reducir el consumo diario, y reutilizar y reciclar para evitar el despilfarro.

En América Latina, en particular en los países andinos, este replanteamiento del modelo incluso ha tenido eco en sus gobiernos. En Ecuador, desde el 2008, el “Buen vivir” (*sumak kawsay*, en quechua), que nace de la experiencia de vida colectiva de los pueblos y nacionalidades indígenas, es parte de la Constitución. Ahí se señala: “Decidimos construir una nueva forma de convivencia ciudadana, en diversidad y armonía con la naturaleza, para alcanzar el buen vivir, el *sumak kawsay*”. Uno de sus principales promotores es el político Alberto Acosta, quien asegura que éste es el elemento fundamental para pensar una sociedad diferente, una que rescata los saberes y las tecnologías populares, la forma solidaria de organizarse, de dar respuesta propia. “Plantean promover un desarrollo humano sustentable, ecológico, que permita una armonía con el entorno, pero también con el ser humano. En el fondo, no restarse del desarrollo, pero respetando los ritmos propios de la naturaleza”, explica Cristián Parker.

Felix Fuders, economista ecológico e investigador de la Universidad Austral, ha publicado diversos documentos junto a Manfred Max Neef planteando un modelo económico a escala humana. Desde su perspectiva, se trata de pensar en un sistema perdurable en el tiempo. “Sabemos que mantener el consumo actual en los países enriquecidos supone dejar menos recursos para otros países y para las generaciones siguientes; ni qué decir si seguimos aumentando dicho consumo. Por ello, unos debieran decrecer para que otros que no tengan cubiertas sus necesidades básicas puedan crecer a niveles adecuados. El cómputo global supondría una reducción de la escala física de la economía mundial, para hacerla compatible con los límites biofísicos del planeta, garantizando el crecimiento de aquellos que no tienen lo suficiente”, afirma.

“El bienestar se concibe únicamente referido a lo material. Esto causa otros problemas que no son estrictamente ecológicos, sino más bien sociológicos, relativos a una cultura del consumo que termina transformando al ser humano en una persona que depende de la materialidad, del dinero”, explica el sociólogo e investigador principal del Instituto de Estudios Avanzados de la Usach, Cristián Parker.

DEL PAPEL A LA REALIDAD

Para Cristián Parker, las alternativas al modelo actual finalmente apuntan a pensar en el futuro. Por esto la discusión, afirma, debiese ir más allá de si estas propuestas tienen sentido y dirigirse a responder si son factibles de realizar. “Hay un despertar de una conciencia ambientalista. Si uno observa las encuestas de opinión, la preocupación medioambiental es generalizada, pero eso no se condice con la política pública. El tema es cómo transformar esa conciencia creciente en medidas concretas. Tengo la impresión de que, por angas o por mangas, se está produciendo una transición hacia formas de producción más limpias y formas de consumo más sustentables. ¿Por qué? Es una necesidad de la propia economía. Si no se produce una más verde, el riesgo es que el actual ritmo y estilo de desarrollo nos lleve a una crisis que puede ser catastrófica incluso en el 2050, 2060. Ese es el dilema al que estamos enfrentados y que deben encarar las naciones que estuvieron en la Cumbre de Cambio Climático en la ONU”.

Si bien no hay países que hoy puedan servir como ejemplo o punto de partida a llevar la teoría a la práctica, sí hay familias como la de Macarena y Marco y comunidades que han decidido llevar vidas con patrones más sustentables. “El movimiento de las *transition towns* – proyectos comunitarios que buscan una salida diferente al colapso social provocado por la crisis climática y económica – es una buena respuesta a la crisis del sentido”, afirma Fuders. “Son experiencias locales que están desarrollando estructuras que no necesariamente tienen que ver con el consumo de energía ni electricidad, sino que consideran un conjunto de elementos que van desde el tema de la basura, de reciclaje, de la construcción de las viviendas, de compartir y hacer compras comunitariamente, hasta potenciar energías renovables. Llevan un estilo de vida distinto y demuestran que es factible”, agrega Parker.

Para Macarena y Marco su llegada al sur ha sido desde el primer día una demostración de que sí se puede. Han pasado dos meses desde que Panguipulli los recibió y aunque aún están durmiendo en carpa mientras terminan de restaurar la casa, ya empezaron una rutina familiar que los tiene a todos contentos. Los niños entraron a clases en la escuela local, hicieron nuevos amigos, almuerzan comida saludable y han tenido una gran acogida. Hace unos días, la pareja se encontró con un amigo de la universidad caminando por la calle y con él ya comenzaron a hacer planes para un posible trabajo para Marco. Macarena, por su parte, de a poco se ha involucrado en iniciativas locales como el Comité de Agua Potable, para así poder pensar a futuro en proyectos que beneficien a la gente de la zona.

Si bien estas primeras semanas han sido de ajuste, de adentrarse en los ritmos del pueblo y de comprender cómo funcionan las cosas, la experiencia sólo les ratifica que ése es el lugar donde deben estar. “Es increíble cómo al decretar algo al universo todo se va dando”, confiesa. “Desde que llegamos acá todo ha sido un regalo. Tenemos la certeza de que éste era el momento preciso para que llegáramos a hacer nuestra vida en este lugar. Una vida con mucho menos, pero que finalmente nos hace mucho más felices”. 🌱

Serge Latouche

EL PADRE DEL DECRECER

El economista y sociólogo francés es la mayor autoridad mundial de la teoría del decrecimiento. Durante más de tres décadas se ha dedicado a estudiar y difundir sus pensamientos en contra del modelo de desarrollo actual, basado en el crecimiento ilimitado. Profesor emérito de Ciencias Económicas en la Universidad de París-Sur y presidente del Instituto de Estudios Económicos y Sociales para el Decrecimiento Sostenible, explica la actual relevancia de su proyecto y por qué el mundo necesitar dejar de crecer.

Traducción: Henriette de Visscher
Ilustración: Catalina Pérez García

Su concepto de decrecimiento, ha dicho, no significa un antónimo de crecimiento, ¿cómo se contraponen entonces a la actual sociedad?

Hoy estamos viviendo el colapso de la civilización del crecimiento. La solución a la crisis antropológica actual solamente puede ser “el decrecimiento o la barbarie”, una variante del “(eco) socialismo o la barbarie”. Finalmente, las sociedades azotadas por catástrofes de todo tipo (económicas, ecológicas, sociales, culturales y finalmente, de civilización) y amenazas que podrían ser peores, tienen dos opciones: encontrar los recursos necesarios para reinventarse en sociedades ecológicas y con buena convivencia, o sucumbir a las peores formas de totalitarismo que saldrán de ese caos, si es que pudiéramos sobrevivir a él. Por lo tanto, el decrecimiento va inevitablemente en contra del capitalismo. No porque denuncie sus contradicciones o sus límites ecológicos y sociales, sino porque interroga su “espíritu”.

¿Cuál es el camino?

Hoy, todos somos unos homines economicus. La globalización es el triunfo del mercado único, de un mundo único y, finalmente, de una única manera de pensar. Una vez que uno se sale de la religión de la sociedad de consumo y crecimiento, una vez liberado del imperialismo de la economía, ahí nos podremos encontrar con la diversidad de las culturas. Pero para llegar a esto, tendremos que aplicar la teoría del círculo virtuoso de las 8 R que propugna el decrecimiento: reevaluar, re-conceptualizar, reestructurar, redistribuir, relocalizar, reducir, reusar y reciclar. Estas deben ser aplicadas de distintas maneras en el mundo, según la sensibilidad y las necesidades locales. La idea es volver a entender el sentido de la medida. ¡Esta idea no es nueva! Las sociedades buscaron canalizar la falta de moderación y las filosofías se basaban en la sabiduría de limitar sus necesidades: la filosofía de Epicuro, la africana, el taoísmo y el budismo.

Usted plantea que el término “decrecimiento” surge para contrastar la idea de “desarrollo sostenible”, ¿por qué se opone a este concepto?

El desarrollo sostenible es una trampa inventada por una pandilla de criminales de cuello blanco. En 1972, cuando se publicó *The limits to Growth* del Club de Roma, la reacción sobre todo en el mundo económico fue negarse a la realidad. Había que abrir los ojos: los recursos naturales, en particular los energéticos, ya se estaban acabando. Después de la conferencia de Estocolmo, el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente adoptó el concepto de “ecodesarrollo”. Pero el lobby industrial norteamericano y canadiense lo encontraron demasiado ecologista. Crearon entonces el *World Business Council for sustainable development* y lograron que se adoptara el concepto de “sustainable development”. ¡Les funcionó muy bien! Tan bien que hasta las ONG medioambientalistas cayeron y lo usaron. Pero en realidad es una trampa, una monstruosidad verbal, un oxímoron, una contradicción. Los únicos que no lo creyeron fueron Nicholas Georgescu-Roegen y un pequeño grupo del que formo parte. Después los empresarios lo abandonaron y

como ya no les servía para ganar dinero, empezaron a defender la idea del crecimiento verde. Lamentablemente para ellos, crecimiento y desarrollo son inseparables. Con la *green economy* sólo estamos viviendo en un sistema sin moderación pintado de verde.

Su teoría se masificó en el año 2002, ¿ha cambiado la forma en que usted piensa el decrecimiento hoy? ¿Por qué?

La primera vez que usé “decrecimiento” fue en un artículo que se llamaba “¡Fin del desarrollo sustentable! Viva el decrecimiento para una buena convivencia”. Para mí, era un concepto provocador para romper la sumisión al productivismo dominante. Luego, el movimiento para el decrecimiento nació en la conferencia de la UNESCO “Deshacer el desarrollo, rehacer el mundo”, en marzo de 2002. Algunos meses después se fundó la revista *La Décroissance*, que ayudó a difundirlo. Frente al ultraliberalismo y la proclamación arrogante de Margaret Thatcher, *there is no alternative* (TINA), para el grupo antidesarrollo del cual formo parte se hizo urgente dar visibilidad a nuestro proyecto. Así, el decrecimiento se transformó en un símbolo rupturista para representar la necesidad de terminar con la sociedad del crecimiento y llegar a una de abundancia frugal.

La noción de decrecimiento surge en el marco de las economías europeas, ¿se aplica de la misma manera esta teoría en América del Sur?

No tenemos derecho a prohibirles creer en el mito de la abundancia y del crecimiento. Pero tenemos que avisarles y mostrarles que esta lógica no es buena para nadie. Y, de alguna forma, lo saben. Por ejemplo, Gandhi estaba muy consciente de estos problemas. Decía que el mundo es suficientemente grande para satisfacer las necesidades de todos, pero siempre será demasiado pequeño para satisfacer la codicia de algunos. Fue un precursor de la teoría del decrecimiento y él quería que los indios rechazaran la industrialización, que los llevaría a un punto sin salida, en el que efectivamente están ahora. Ahora, el éxito del “Buen vivir” en América Latina muestra que existe un rechazo hacia el desarrollo actual y una aspiración posible a que una sociedad prospere sin crecimiento desmesurado y con abundancia frugal, es decir el ecosocialismo recomendado por la teoría del decrecimiento.

¿Cómo proponerle a una sociedad la idea de “no crecer” cuando ha sido una de las misiones fundamentales de los países y sus gobiernos?

Podemos retomar la frase de Cornelius Castoriadis, en *Una sociedad a la deriva*: “Para que haya una revolución tan grande, se necesitan cambios profundos en la organización psicosocial del hombre occidental, en su actitud respecto a la vida –en el fondo, en su imaginario–. Hay que abandonar la idea de que la única finalidad es producir y consumir más (una idea absurda y degradante); hay que abandonar el imaginario capitalista de un pseudo-manejo pseudo-racional de la expansión ilimitada. Eso sólo pueden hacerlo hombres y mujeres juntos. Un individuo solo o una organización, no. A lo más puede preparar, criticar, incentivar y desarrollar posibles orientaciones.”